

La montaraz aldehuela de Rosa colgaba en la serra-  
nía, en las inmediaciones del valle donde radicaba  
el noble solar de la familia de Ensalmó; y era, pre-  
cisamente, la actual dueña del palacio quien llevó á  
la linda zagalá en años anteriores á la quinta de *Las*  
*Palmeras*, durante un veraneo de los marqueses.

A despecho de las hablillas de los vecinos lugare-  
ños, donde Rosa había cobrado fama de necia y de  
inconstante, agradábale á María aquella labradora  
despierta y agraciada, de finos ademanes y rápida  
comprensión, hábil y paciente para las prolijas labo-  
res de doncella.

Cuando al romper bruscamente su concertado ca-  
samiento, la muchacha acudió á María buscando su  
favor para salir del pueblo, halló á la señora fácil de  
conquistar y gustosa para otorgarle protección.

Finalizaba el verano, y admitida Rosa al servicio  
de Lali, bajo las órdenes inmediatas de doña Cándida,

fuése la aldeanita aventurera muy alegre á Madrid con sus nuevos señores.

En un par de meses cortesanos volvió á ser Rosita la primorosa criatura que enamoró á *Nenifar* en el norteño arenal; su tez morena, artísticamente soleada, se suavizó con el buen trato y brilló sedosa en las manos chiquitinas y en el peregrino rostro; se le animó en los ojos y en la sonrisa el gozo de la libertad soñada, y, con el peinado moderno y el vestido elegante, toda su armoniosa figura quedó detallada y perfecta, seduciendo con una insinuante nota de frescura campesina, aroma sugestivo de silvestre flor.

Muchos golosos tuvo en la Corte aquel palmito gentil, y galanes de varias categorías cortejaron con rendimiento á la niña montañesa; pero, advertida por su señora con prudente discreción, y aleccionada por el desengaño, á ninguno consintió ella con palabras ni actitudes, y en la ronda de sus pretendientes cobró pronto renombre de arisca y orgullosa.

Lo que á Rosita le entusiasmaba en aquella existencia blanda y amable que tanto ambicionó, no era, por cierto, el despertar pasiones amorosas, sino el saber que las merecía y el sentir en su mimada hermosura el seductor halago de la lisonja.

Ella quería, sobre todo, verse linda y adornada en el espejo; tocar y mirar cosas bonitas, gustar manjares finos, aspirar olores delicados.

Sentíase dichosa con dormir en albo lecho, con pisar fonjes tapices, con escuchar un lenguaje escogido y galano.

Padecía una obsesión aguda de belleza, y donde

quiera que la hallase—mejor ó peor definida, según su intuición artística se la hacía sentir—, allí posaba los ojos en recreo sutilísimo, tan largamente, que el objeto acariciado por sus admiraciones persistía en la ausencia del mismo, por mucho tiempo, surgiendo en el vacío, amorfo y tentador, á recibir el idólatra culto de la obsesa.

## XI

Mayo triunfaba en un engarce de magníficos días, y Tristanito aterraba sus débiles ojos acobardados por la intensa luz de aquel cielo índigo y deslumbrador.

Todas las tardes le llevaba su madre al Retiro á respirar el aire embalsamado en la urbana fronda, pero Tristán ni reía, ni jugaba, ni hacía otra cosa que enlazar sus manos de cera en actitud de meditación y abatir la desmayada cabeza cuyos rizos de azabache parecían rendirle con un peso abrumador.

En el templor angustioso de su mirada había un fúnebre señuelo, y sus labios descoloridos mostraban, al sonreír, una trágica mueca de sufrimiento y de fatiga.

Eva seguía con dolor desesperado el avance de aquella consunción invencible que aniquilaba á la criatura, y á menudo tenía arrebatos de protesta rebelde contra el destino, y hasta contra Dios y sus santos.

En su paseo cotidiano habían buscado la madre y el niño un paraje predilecto donde solían sentarse; y, á una hora habitual, Lali aparecía en la avenida umbrrosa, corriendo hacia Tristán con júbilo manifiesto.

Al contemplarla, saltarina y alegre, sentía Eva un impulso de acometividad hacia la niña, tan ciego y airado, que hubiérase complacido en arañarle la cara de color de rosa y en desgarrarle á tirones el vestidito elegante.

Muchas veces la pequeña, con el vago presentimiento de un peligro, se detenía en su carrera hacia Tristán, y quedábase, temerosa y ruborizada, ante la extraña expresión de la señora.

En cambio, el enfermito había cobrado á Lali un cariño apasionado. Consentía en salir, por el sólo afán de encontrarla; hablaba de ella obstinadamente, y la nombraba, delirante, en sus ratos de fiebre.

La risueña hermosura de la niña constituía para Tristán una visión de magia encantadora; y Eva, por complacerle, soportaba el tormento de verlos juntos y de comparar, con amarguísimo despecho, el acuitado semblante de su hijo, con la ufana galanía de Lali.

Una tarde de estas que decimos, la diaria entrevista de los dos pequeños terminó borrascosamente por la iracunda intervención de Eva.

Engañado por una fugaz llamarada de alegría, quiso Tristán correr á la par de la nena, que parecía hermana de las mariposas y las brisas.

Flojo y torpe cayó de bruces, y levemente se hirió en una mano.

Volaba Lali á socorrerle, compungida y cuidadosa,

cuando Eva acudió hacia ellos muy alterada. Empujó á la niña con violencia, y alzando al caído profirió duramente:

—Se acabaron los juegos con esa chiquilla; cada uno por su lado...

Con las dos manitas, confusa y desconsolada, se cubrió Lali el rostro sofocado, y fué hacia doña Cándida, que más lejos se aparecía, y que sin saber de qué se trataba la recibió suspirando: ¡Ay, Dios mío! Y con sus manos cenceñas se puso á alisarle los cabellos, desordenados y sedosos.

Eva, entretanto, se alejaba por el medio de la arbolada calle, altivo el continente, veloz el paso. Como adorno de su sombrero, cimeando la altanera figura de la dama, balanceábase un ave hostil, que ofrecía en aquel instante un singular aspecto de fiereza: plumaje, garras y pico tomaban una actitud fosca y amenazante sobre la erguida frente de la dama.

Casi en volandas iba el pobre Tristán, aferrado al brazo redondo y firme de su madre: sollozaba con hondo sentimiento, y afanoso volvía la mirada hacia el sitio donde Lali se había quedado.

Después de andar buen trecho en esta forma, compadecida Eva de la aflicción del niño y temerosa de su cansancio, acortó la marcha y trató de consolarle.

—No llores más—empezó á decir—; te va á doler la cabeza y tendrás hoy mayor recargo..., no llores; yo te buscaré con quién jugar.

—Quiero á Lali—gemía Tristán sin consuelo.

—¿Y por qué á ella únicamente, hijo? Es una alborotada, no me gusta esa niña, te hace sudar y fatigarte

siguiéndola, te hace caer, ya ves, te ha lastimado...

—Ella no, fui yo solo, que tropecé.

—Pero, ¿por qué la quieres tanto?, dime...

Se detuvo Eva, se inclinó hacia el niño lloroso y con su pañuelo le enjugó las lágrimas.

Más calmado, con rara elocuencia y acento ferviente, Tristán replicó:

—Ella está hecha de alegría y de sol, sabe correr..., sabe reír..., parece que está toda llena de oro y de flores... ¡La quiero..., la quiero!...

Y tendía sus manos de lirio hacia el paraje, ya invisible, donde la niña solía buscarle.

Conmovida y absorta la madre, interrogó:

—Entonces tú, ¿cómo eres?

—Yo soy enfermo y triste; una pena que tengo no sé dónde me va creciendo y me hace llorar... ¡Voy á morir!

—No, no, calla.

—Tú misma lo has dicho.

—¿Cuándo?

—Una noche... Dijiste que papá tendría la culpa, ¿te acuerdas?

Turbada y dolorida, murmuró la madre vagamente:

—De nada quiero acordarme...

Y ambos siguieron el camino desalentados y mudos.

## XII

En casa de los marqueses de Coronado se discutían las ventajas de veranear aquel año en la quinta de *Las Palmeras*.

Había opiniones diversas y empate en la votación del proyecto, porque la marquesa y su hijo abogaban por la conveniencia de una temporada de reposo en la saludable y hermosa playa norteña, mientras que Isabel y Benigna, torciendo el gesto, preferían adolecer públicamente de alguno de los achaques de moda cuya curación se inicia en Vichy, avanza en Carlsbad, se consolida en Baden, y luego se reproduce al año siguiente como pretexto de una nueva peregrinación por los balnearios preferidos entre los incurables enfermos que el ocio y la abundancia producen.

Como no llegasen los de Coronado á una avenencia en sus discusiones, Benigna propuso con aire retozón:

—Podemos consultarle á papá el caso...

Todos, sin disimulo, rieron la gracia, y fué cierto que don Agustín recibió la consulta. Tomó en serio

su intervención en las decisiones familiares, y galantemente votó en favor de la marquesa, que apoyaba sus deseos en el motivo poderoso de hallarse muy cansada y abatida para emprender un veraneo de lujo.

Era verdad que la dama había perdido su proverbial buen humor; mostrábase desmedrada y triste, y hasta un poco devota.

Decíase que, últimamente, desconfiando ya del poder de su hermosura, que iba en declinación, su íntima existencia licenciosa tenía horas de tormento desesperado.

Decíase que Luis Galán, después de haberla consagrado algunos años de constancia, había cortado traidoramente sus relaciones con ella, apenas logrado un importante favor en dinero de la «amorosa» incorregible, que no se llamaba en vano Generosa de la Dáviva.

Pero ¡suelen «decirse» tantas cosas!...

Sólo se sabía con seguridad que la marquesa rezaba mucho y estaba alicaída; y que Luis Galán había desaparecido del círculo elegante llamado la «buena sociedad madrileña», donde la sonrisa inalterable de aquel buen mozo mereciera privilegio de patente exclusiva.

Ya decidido el viaje á la Montaña, hubieron de resignarse á él las señoritas de Coronado y hasta trataron filosóficamente de buscarle atractivos.

Evocaron las risueñas jornadas de la quinta, que hacía siete años se habían deslizado como un sueño en la juventud inquieta y turbia de las dos hermanas.

Del tumulto de sus memorias surgía con extrañeza

y singularidad aquel recuerdo de un solo estío de playa modesta, entre jardines melancólicos y brava costa, y desfilaban con un penetrante aroma de juventud alegre las imágenes de todo aquel verano tranquilo y dulce, sin grandes cotillones, sin aventuras sonadas, meses raros y fugitivos que brindaron á la agitada vida de estas dos mujeres un alto apacible y una ráfaga bienhechora de salud y poesía. Desdoblando pensamientos y memoranzas con una vaga tristeza y una remota ilusión, Isabel y Benigna quisieron á todo trance adornar de promesas el porvenir, y se miraron una á otra desconfiadas y marchitas, sin brillo los ojos y sin risa los labios.

Con el presentimiento de un fracaso, lentamente formaron las dos hermanas un plan de invitaciones y un programita de fiestas. Era preciso atraer hacia el arenal cantábrico un buen plantel de amigos alegres, y prepararse una agradable temporada en *Las Palmeras*.

El recuento de amistades disponibles para este caso suscitó desconsoladoras memorias y arrojó un total de nombres nuevos en nuestra narración. Ni uno solo de aquellos que en la hospitalaria quinta hemos conocido estaba al propicio alcance del iniciado convite.

Clara Infante, casada con un banquero catalán y separada de su marido al mes de la boda, viajaba á la sazón por el extranjero, bien acompañada, según decían procaces lenguas.

Pizarro, el famoso descontentadizo, había vuelto, desilusionado como nunca, de un largo viaje á las Américas y, en protesta bizarra á sus reniegos contra

todos los países y todas las civilizaciones, trataba de tomar parte en una expedición al Polo Norte, y vivía encerrado en el cuarto de una fonda, sosteniendo fantástica correspondencia con unos señores noruegos y una dama rusa, que eran de la partida en proyecto. La sinrazón de sus antojos haciale olvidar que tiritaba en el estío cantábrico y que hasta los más dulces climas eran hostiles á su intemperancia.

El poeta de ocasión, *Nenifar*, no había logrado salir á flote de su reciente naufragio social y con prudente discreción se había eclipsado en el horizonte luminoso de sus amistades aristocráticas.

Las señoritas de Coronado no ornamentarían su salón montañés con la belleza rubia de María Ensalmo, ni con la morena hermosura de Eva Guerrero, y tampoco Teresita Vidal llevaría á *Las Palmeras* la nota extraña de su juventud aburrida y achacosa. ¡Pobre Teresita!...

Cuando las hojas cayeron, dos años hacía, su entierro blanco y pomposo bajó lentamente por la calle de Alcalá buscando el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena... Piando inquieta y saltarina como un pajarito, había dado el salto mortal una tarde de otoño, quedándose repentinamente inmóvil en el sofá donde se rebullía fastidiada y quejosa.

La trágica quietud dejó en su rostro añinado una mueca de hastío, y en sus labios irónicos unas gotas de sangre descolorida.

Con más vanidad que misericordia la vistieron un traje de gala, espléndido en encajes y flores, tan escaso en el escote y en las mangas como sobrado en la

cola... Encajes, flores y telas, junto con la carne mísera, todo ello se acomodó con desahogo en un metro de ataúd, porque el cuerpo de Teresita, que siempre fué endeble y menudo, entre las garras de la muerte quedóse tan pequeño y mermado, que era casi imposible suponerle veinticinco años de edad. Las amigas de la joven recordaban con terror aquella postrera visita que le hicieron al borde de la gran *cama imperial*, bajo la macilenta luz de los cirios crepitantes. Sobre el engalanado cadáver de Teresita, la mundana adulación, que ni á los muertos respeta, lanzó una frase en son de halago: «parece una novia»... Aquella lisonja servil sonó á comparación impía y burlesca, con crueldad de sátira, allí donde la muerte, abrazada á una miserable figurilla de mujer, ponía espanto y atrición en los más insensibles corazones. Isabel y Benigna no pudieron olvidar su pavor y su asombro al cerciorarse de que aquella muñequita de cera, encogida y helada, insensible y dura á la sérica delicia del vestido admirable, era la vivaracha y mimosa Teresita Vidal. Y al pensar en las invitaciones para un nuevo veraneo en *Las Palmeras*, en la memoria triste de las antiguas amistades quedó flotando la visión de aquel metro de ataúd lujoso, de aquel entierro blanco que en la dulce tarde otoñal pasó por la vida hacia el lívido misterio del sepulcro.

XIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Arrancándose el recuerdo de tan medroso lance, dijo Isabel á su hermana:

—De aquel año feliz que memoramos, sólo una amiga encontraremos en la costa: Luisa Ramírez...

—Y un amigo, López—repuso Benigna sonriendo.

—Sí; queda López «todavía», y... ¿quién sabe?...—murmuró Isabel con singular acento. Cambiando de expresión, exclamó después:

—¿Sabes que Rafaelito acabará por casarse con Luisa?

—Así lo temo.

—Estoy pasmada de la duración de ese cariño.

—Es que el amor sentimental dicen que puede hacerse crónico...

—¡Ay, qué miedo, hija!...

—¿Pero tú creías á Rafael capaz de una constancia semejante?

—¡Qué había de creer yo, criatura!

—Ese amor es un milagro.

—Es una majadería. Rafael puede hacer una boda brillante; puede escoger entre la flor y nata de los buenos partidos; sin ir más lejos, Casilda Manrique, condesa y millonaria, está loquita por él.

—Y por Gracián...

—Calla, mujer, eso es aparte...

Hubo un silencio malicioso y risueño; luego, Benigna reanudó el palique.

—Oye; á mí se me figura que Rafael, á ratos, también se enamora un poco de María.

—Lo que has notado es lástima, no es amor.

—¿Lástima? ¿Y de qué?

—Cosas raras de ese chico. ¿No sabes que resulta romántico y piadoso?... Se le antoja que María es desgraciada.

—¡Si dijera que es boba!... Podía ser hoy «la primera» mujer de Madrid.

Ya lo creo... Mira que ha tenido perseguidores...

—Y los que tiene.

—Pero es inabordable.

—Así lo afirma Rafael, que la admira mucho; pero no hay que fiarse de las apariencias. Esas señoras que al parecer no han roto un plato en su vida, no me inspiran simpatías ni confianza.

—También Eva es una virtud incorruptible.

—Tampoco es santo de mi devoción; la encuentro demasiado orgullosa y demasiado bonita.

—Y tiene un marido insoportable de poesía y sentimentalismo.

—Dicen que Diego se embarca...

—Y el chiquillo se les muere...

—Han sido desgraciados.

—Pues á ella no le faltarían consuelos si quisiera; á Gracián le gusta mucho...

—Todas le gustan á Gracián.

—Pero ahora la predilecta es Casilda Manrique.

Quedáronse un punto calladas las dos señoritas, y de pronto Benigna exclamó triunfante:

—Tengo una magnífica idea.

—A ver...

—Si Casilda viniera con nosotros á la Montaña, teníamos ya seguras las visitas y las diversiones. Ella serviría de gran reclamó á nuestra *tournée*; tal vez Rafaelito cayera en la tentación de pretenderla formalmente y al fin quedase roto su pertinaz idilio con Luisa, esa extraña afición con amenaza de boda, que á todas nos disgusta.

Dijo Isabel pesimista:

—La Manrique no irá á *Las Palmeras*, hija mía; tiene un plan de veraneo «que quita el sentido»...

Maliciosa y porfiada, Benigna insinuó:

—Si sabe que Gracián va por allí, irá contenta, de seguro.

—Pero él va solamente á dejar á María en su casa del valle.

—Si Casilda está en la playa, Gracián nos hará una visita.

—Tienes razón; eres maga.

Una risa pícara y sagaz comentó el coloquio.

#### XIV

Sobre el cristal zarco de los cielos ni una nube pasaba.

La tarde, en su lenta caída, se desmayaba en el horizonte, como si el mirífico celaje la detuviese con un largo beso de despedida...

Gracián aparentaba dejarse llevar por Lali, que le tiraba del brazo con impaciencia, repitiendo:

—Es por aquí, anda; si tardamos un poco más se habrán marchado.

Sonreía el caballero, y tarareaba en voz queda una liviana canción aprendida entre los bastidores de un teatrillo.

Dieron la vuelta al estanque, tomaron hacia la derecha, y en el más adoselado y fragante rincón del Retiro, vieron á una señora y á un nene, sentados en un banco.

Ella parecía leer alguna cosa insulsa en un periódico, mientras que el nene parecía descifrar algún misterio tenebroso en la arena fina del camino, tanto

sus ojos se fijaban en el suelo, inquisitivos y asustados.

Dos movimientos de distintos afanes se produjeron en el banco, cuando se detuvieron ante él, la niña y el caballero.

Maravillado y feliz, Tristán dijo únicamente:

—¡Lali!

Y tendió los brazos hacia su amiguita con un impulso de fascinación.

Eva exclamó con sincero asombro:

—¡Ah!...

Y se quedó confusa y risueña ante el rendido saludo de Gracián. El cual, á guisa de explicación, dijo con un acento insinuante:

—La niña me ha contado que usted viene todas las tardes á este sitio, y hoy he querido que ella me guiase hasta el lugar dichoso donde usted se esconde, cada día más bella y más esquiva...

Los dos pequeños, cogidos del brazo, se alejaban alegres, y su infantil confianza se trenzaba en el dulce silencio de la fronda, con el perlado rumor de una fontana vecina...

Tardaba la señora en recobrase de su sorpresa, y parecía indecisa en la manera que debía adoptar para responder al gentil caballero.

Era verdad que Eva, entonces, no se mostraba siempre halagadora y afable con sus amigos, como cuando Gracián la conoció. La natural dureza de su semblante hermoso habíase acentuado con un gesto arisco, y por la noche huraña de sus ojos pasaban con frecuencia relámpagos de amenazadora tempestad. Ponía la mirada como un puñal sobre todas las mujeres

á quienes consideraba felices, y en los hombres que la admiraban vengábase con furioso desdén de aquellos otros galanes que siendo ella soltera y bonita, la habían dejado olvidada á un lado del camino, sola y pobre, arrojándola, al pasar, la limosna de una flor galante.

Y el rencor ardiente que la sociedad le inspiraba, iba defendiéndola, mejor que su escasa virtud, del acecho de algunos cortejantes, codiciosos de sus encantos.

Desamorada y ambiciosa, su alma pequeña se llenó de tentaciones y de iras, sin que á su honor le quedase más amparo que el escudo frío de la soberbia. Detrás de una defensa tan endeble, Eva pensó que entre aquellos que la deseaban, sólo uno merecía el sacrificio de su reputación; acaso el que menos la perseguía. Era Gracián.

La conquista de aquel hombre significaba para ella el triunfo, el poder y la venganza... Tres grandes ansias para un mezquino corazón.

Cuando hubo meditado unos instantes, Eva, mirando de hito en hito á Gracián, se echo á reir entre irónica y burlesca.

Pero él, sin desconcertarse, muy gozoso y complacido, sentóse en el banco, mira que te mira á la señora.

Pasó el jocundo proceso de la risa, prevaleció el de las miradas, y las frases de una plática, ingeniosa y difícil, tendieron el vuelo con recato en el propicio rincón del parque.

Sutilizando mañosamente la intención de sus palabras con la habilidad de quien conociése á fondo las flaquezas de aquella mujer, Gracián desplegó ante ella todo un plan de conquista, cimentándole en una supuesta simpatía de muchos años y en una constante admiración.

Justificó el silencio que hasta entonces se impusiera con el profundo respeto profesado á la amiga y á la dama; y relleno este párrafo sentimental con una

porción de vulgaridades, que hallaron eco de novedad y de emoción, en su voz conquistadora y regalada.

Se lamentó de que la juventud fuera tan breve, de que las buenas horas amigas de la belleza y del amor tuviesen una duración fugaz... y de que hubiera tantos maridos indignos de tener mujeres hermosas, remisos y torpes para colmarlas de halagos y de placeres.

Tales maridos, á juicio de Gracián, no merecían fidelidad ni consideración ninguna.

Y al hablar así, con expresión mensurada y pía, el libertino caballero se mostraba ecuaníme y razonador, como si pudiera escupir al cielo impunemente, y ejemplarizar con su vida el tipo admirable de un *perfecto casado*.

Quedó el discurso redondito y brillante, hinchado como un globo; y arrollada por él, se debatía Eva débilmente en las trincheras de su vanidad. Callada en los toques pasionales de la oración, asintió con amargura cuando las frases de Gracián iban contra Diego, ó contra la infelicidad de que ella se creía colmada.

Y engolfados en el malabarismo de aquel juego peligroso, vieron con extrañeza que la tarde se había muerto y que había nacido la noche.

Temerosos de la oscuridad creciente, volvían ya los niños, juntos y callados, despacito, porque Tristán se fatigaba mucho.

Eva, asombrada de su descuido, se levantó con presteza, y corrió á tocar la frente de su hijo, que ardía y se doblaba.

La crisis fatal del enfermo señalaba su hora cruel, y era preciso volver á casa en seguida.

Gracián propuso salir por el paseo del *Angel Caldo*, que estaba próximo, y tomar un coche para que el niño fuese con reposo.

Al paso lento de Tristán, avanzando por la sombra del parque entre la desbandada de los paseantes rezagados, todavía el caballero halló manera de avizorar señales de su buena ó mala ventura en el comienzo de aquella andanza.

Presa en el embaimiento de tan finas redes, Eva no supo mostrarse impervia en aquella tentadora ocasión, y entre deslumbrada y satisfecha dejó caer una esperanza en los anhelos de su amigo...

Iba Lali muy pensativa y un poco pesarosa. Tristán tropezaba á cada instante, sin tino y sin fuerzas, y por los azules senderos de la noche paseaba su luz purísima el astro amoroso del silencio.

XVI

*Caminos de dolor* se titulaba un libro que Diego estaba fabricando con pedazos de su corazón de poeta y rasgos admirables de su pluma genial.

Ya tocaba á su término el manuscrito, cuando Tristán, una noche, una noche azul de Mayo, al regresar de paseo con su madre, cayó rendido por abrasadora fiebre, agravado en su lenta enfermedad de una manera alarmante.

Consultada una vez más en el proceso largo de aquella cuita, la ciencia inexorable dijo su última palabra sobre la inocente cabeza del niño. Sólo un milagro le podía salvar, y la hechura de aquel milagro correspondía por derecho propio, en caso feliz, al aire libre y serrano de la campiña.

Con acrimonia insolente Eva preguntó á su marido, señalando al enfermo:

—¿Qué vas á hacer? ¿le dejas morir ó intentas salvarle?

Mirándole Diego con espanto, murmuró unas pala-

bras incompletas, que sonaron á lamento y á rugido, y huyó á encerrarse en el escondite donde laboraba y sufría en sus horas inclementes de hogar.

Pero su mujer le persiguió implacable; entró en la habitación detrás de él, y afilando la voz y la mirada, como quien aguza un acero homicida, le dijo:

—Es que si no quieres salvarle tú yo le salvaré... Soy hermosa y... No lo olvides.

Diego, espavorecido, se llevó las manos al pecho y después á la frente; en seguida las apoyó en la mesa, buscando sostén para su cuerpo vacilante.

Estaba mudo y desemblantado; parecía un difunto puesto de pie en macabra ficción.

Avanzando hacia él con la feroz complacencia de aquel tormento que causaba, Eva insistió:

—¿No respondes?

Como si entonces recobrase la vida, Diego se estremeció y miró en torno.

Había tal expresión de sorpresa y novedad en su semblante, que hubiérasele creído despierto de un sueño ó vuelto de un desmayo en extraño paraje, y á punto de preguntar, como en las novelas:

*¿Dónde estoy?...*

Pero no preguntó cosa alguna, sino que dijo á guisa de réplica:

—Ya se acabó todo... Por fin, ya está roto; ya está deshecho, caído...

—¿Cuál está deshecho y caído?—preguntó Eva, creyendo que su marido se hubiese vuelto loco.

—El ídolo que un día levanté engañado por las melodiosas mentiras de tu boca... Me arrastré hacia tu

belleza con bárbaro regocijo, con deseo tempestuoso; y te quise con tan insensato afán, que sólo ahora te desprecio bastante.

—¿Que me desprecias, has dicho?

—Sí; ya estoy libre de tus cadenas: ya soy otra vez mío... Ya no me inspiras más que lástima... Me acusas de pobreza, á mí, que tengo dos inestimables tesoros: sentimiento y arte... De indigente me tratas, á mí, que tengo una eterna fortuna: la gloria... ¿Y eres tú la que me culpas de necesitado, criatura mísera sin otro bien que tu carne hecha de tierra?... ¿Qué gracia inmarcitable posees, dime? ¿Qué don inmortal?... Me diste una deleznable hermosura á cambio de mi corazón, y ahora me amenazas con quitarme tu hermosura... Es que ya no la quiero, es tuya únicamente; puedes venderla si te place... Yo te la había pagado demasiado cara. Me has devuelto el precio que por ella te di; estamos en paz... Vete, mujer, vete y no temas mi enojo... Te compadezco.

Eva trataba de hablar, roja de furor; pero el marido asíola por un brazo con firmeza, y la condujo hasta la puerta de la estancia.

—Con un alma, con un corazón, con sentimiento y poesía no sé come—pudo ella proferir sordamente.

—No es sazonado pan lo que te ha faltado; galas y trenes ambiciosas, y yo, loco de mí, te daba el alma. ¡Un alma imperecedera por una terrenal hermosura no alumbrada por el divino soplo del amor!... Te haces justicia, mujer; me devuelves mi tesoro y te quedas con tu belleza... Véndela en su justo valor; por ella te darán lo que apetece: piedras, metales, baratijas...

Abrió la puerta, y débilmente llegó hasta ellos una voz humilde y gemidora, como de cristal roto.

Era Tristanito que lloraba..

Entonces Diego, solevantado y tremulante, murmuró al oído de su esposa.

—Pero no pongas por pretexto de tu infamia la vida de ese ángel; si con dinero se salva, yo le salvaré.

—¡Mamá, mamá, tengo miedo!—clamó el nene.

Empujando suavemente á la madre, Diego añadió con acento profundo.

—Vete á sufrir al lado de tu hijo... Vete á llorar, criatura. La vida no es placer; sólo penando se vive plenamente... Deja que el santo dolor llene tu espíritu, para que no quede vacía la obra de Dios...

## XVII

Y era cierto que el poeta había recobrado su libertad.

Las palabras imprudentes de Eva fueron como un hachazo decisivo que cortase á cercén la última raíz, ya enferma, de aquel amor hecho sólo de humano deleite.

Al sentirse redimido de su cautiverio, gozó el artista una exaltación triunfante y reparadora, el dulce halago interior de una paz profunda.

Su espíritu, atrofiado en la cárcel de la pasión sensual, se bañó de gracia pura y libre, y desatóse ligero de la tierra, asunto y glorioso, como antaño volara.

Tuvo un anhelo infantil aquella alma liberta; quiso volver á los abiertos caminos donde sufrió cantando y amó idealmente; añoró su primera musa, la casta ilusión de ojos azules y cándida sonrisa... Vestida con ropajes pulcros y nuevos, fuése á buscarla, peregrinante por los invisibles surcos que los grandes amores han dejado en la inmensidad.

Pero ¡ay! que el alma curiosa del poeta desconoció los amigos vergeles de otros días; y hallólos abandonados y mudos... Solitaria entonces, meditó.

Y no se puede meditar en las nubes sin grave peligro de caída... Allá por las altas veredas del ensueño, es preciso viajar, vuela que te vuela, sin detenerse un punto...

La cavilación del artista dió en tierra con sus afa-nes; y en la realidad de la vida, Diego hizo memoria...

La aldeana musa de su mocedad, rubia y sonriente como un arcángel, tuvo un corazoncito enamorado que se prendó de un hombre; y á la sazón aquel primer sueño del poeta, era una dama muy bella, un poco triste, festejada y poderosa, puesta por el destino á una enorme distancia del artista...

Ya tentado á reflexionar en las cosas irremediables y trágicas del mundo, Diego recordó que uná vez, una sola vez en mucho tiempo, se acercó á la amada ilusión de su adolescencia, convertida en señora gentil, reina de salones; y la miró á los ojos tanto, tanto, que ella se ruborizó mientras él se asustaba de haber descubierto en las azules pupilas ideales un secreto dolorido.

Villamor se sorprendía de que al despertar él, sano y libre á la vida del arte bello y del sentimiento puro, despertase con tenacidad en su mente la dormida memoria de aquel suceso.

Y como los poetas tienen á menudo ideas muy extravagantes, quiso Diego festejar la asunción de su espíritu encarcelado, con un voto solemne que adunase su nueva existencia artística con aquel recuerdo pun-

zante y las otras remotas añoranzas. Así juró, que ya para siempre su inspiración tendría la forma ideal de una dama esbelta de pensativos ojos zarcos y cabelle-llera de oro; una criatura á quien se le pudiese llamar callandito: *¿Marta?*... y que con seráfica voz sin soni-dos, respondiera: *¿qué quieres?*; una mujer que mos-trase la firmeza escultural de su carne bañada en beato resplandor de santidad; un ángel que llorar supiera los santos dolores del amor, con lágrimas llenas de aromas y rumores...

Y era lo extraño, que Diego hacía aquellos votos singulares y se recreaba serenamente en aquellas su-tiles maquinaciones, velando el sueño doliente de su hijo en noche de vigilia y de pobreza.

Tenía apoyados los codos sobre su mesa de labor, la cara entre las manos, cerrados los ojos, y en torno desparramadas las últimas páginas de su novela *Ca-minos de dolor*.

El manuscrito, que era un primor de estilo y ori-ginalidad, una obra intensa y emocionante, dolorosa como la vida, estaba ya vendido á un editor afortuna-do que daba por él la suma precisa para que Trista-nito fuese á pedir el milagro de la salud á las tónicas brisas de las montañas.

Diego esperaba que se decidiese la suerte de su hijo, y, salvándole ó perdiéndole, partiría á lueñes tierras americanas, errante y soñador con su lira y su arte, acompañado por aquella imagen dulce y her-mosa á quien había jurado fidelidad romántica.

## XVIII

Y á todo esto, la bella Rosita empezó á mostrarse distraída y contristada. Hasta se podía jurar que lloraba en silencio.

Cuando hacía de muñeca jugando con Lali, quedábase tan silenciosa y parada como el mismo *bebé* de celuloide.

Corría la pequeña á sacudirla por los hombros, le alzaba la barbilla con sus manitas enanas, y decía:

—¡Pero, mujer, te has vuelto lela; ya no sabes jugar!...

Ella entonces se disculpaba sonriendo para ocultar su turbación, pero no lograba componer con la placería de otras veces la farsa pueril de la muñeca mimosa.

El rumor de ciertos pasos, el metal de ciertas voces, le hacían á Rosita ruborizarse y temblar; y doña Cándida, detrás de sus espejuelos escrutadores y de las erizadas agujas de su calceta, la observaba con recelo, murmurando:

—¡Ay, Dios mío!...

Una tarde de aquellas, cuando ya en el hotelito de la calle de Goya se disponía el anual viaje á la Montaña, Rosita se divirtió mucho con un pequeño suceso que la puso de buen humor, y durante algunas horas escampó de su frente la nube aciaga que la oscurecía.

Sucedió que, yendo la doncella á llevar á casa de los de Coronado una carta de la señorita, al subir la escalera de servicio encontróse de cara con uno que descendía; y este «uno», que era joven y malandante, por las trazas, la miró con desprecio, y exclamó:

—¡Rosita!

A cuya voz la joven respondió con aire divertido y asombro en la mirada:

—¡Simón!... ¡Tú por aquí!...

Como si el pobre *Nenífar* fuera una planta exótica en casa de los marqueses, y aun en la populosa villa y corte...

Aunque Rosita llevaba algunos años vecindada en Madrid, y aunque por broma y risa deseara encontrarse con el poeta bohemio, no lo había logrado hasta aquel instante. Así que, muy risueña y picarilla, pegó con él la hebra con la mejor voluntad del mundo, y le baqueteó lindamente con burlas y compasiones, que para todo ello se prestaba el apocado y lastimoso aspecto de *Nenífar*.

El cual contemplaba á Rosita con cierta emoción y con un embeleso que al crecer por minutos, se mezclaba con un recuerdo bochornoso, porque en el diogenismo del aventurero galán, aquella mala partida,

dolosamente jugada á la niña montañesa, había dejado una extraña comezón de remordimiento.

No era malo *Nenífar*; era sólo un mísero ambulante de la vida, propenso siempre á bajar mucho y á subir poco en las marejadas sociales. Como él mismo lo había confesado ingenuamente, su destino menegado le obligaba á «hacer de *Nenífar*, de poeta modernista y de otras cosas peores»...

La aparición radiante de Rosita y su ingenioso parlague le demostraron pronto que la joven había crecido en belleza y sagacidad de una manera sorprendente.

Y trató en vano de explicar los graves motivos que le habían obligado á dejar incumplidas sus promesas matrimoniales.

Ella le atajaba, pronta y zarandera, con réplicas agudas, tan burlonas, que el mozo, confundido, se sentía picado en su amor propio y abrumado. Así le tuvo preso y abatido largo rato la joven, hasta que humilde y fino como un guante, ofrecióle el trovero nuevamente su mano.

Por la escalera abajo rodó la risa franca de la moza, y *Nenífar*, asido á la barandilla con la angustia del que se siente vacilar, le dijo:

—He dejado el periodismo y la poesía, que tienen muchas quiebras; pienso ahora trabajar seriamente... Voy á poner, en sociedad con otro, una gran sastretería...

—Pues ya sé yo—le interrumpió Rosita sin dejar de reír—quién será tu primer parroquiano...

Y le miraba con detención y condolencia el traje.

—Pero dime, Rosa hechicera—murmuró *Nenifar*—, si serás mi mujer; ¡mi mujercita, mi consuelo y mi bien!...

—Cállate, hijo; para un sastre me parece muy florido el discurso... A mí los industriales no me gustan... Además, los tiempos han cambiado; ya soy otra...

—Dame, al menos, una leve esperanza...

—Voy de prisa... Me he detenido mucho... Si quieres dos pesetas...

Y se puso á buscarlas en su portamonedas elegante.

Dos chispazos de codicia y enojo se asomaron al famélico rostro del galán. Tartamudo y cobarde, profirió:

—Me tratas como á un pobre mendigo; no te molestes, no...

Pero tendía con avidez su mano avillanada.

Puso en ella Rosita la limosna, y con mucho *donaire* y garabato le dijo adiós, subiendo á todo escape, para ahorrarle el sonrojo de su dádiva.

En dos brincos *Nenifar* se plantó en la taberna de la esquina, y más hambriento que enamorado, se consoló de las ironías de la muchacha, gastando su moneda alegremente...

Ya Rosita no supo del bohemio desde aquel punto y hora...

## XIX

Con el pretexto de preguntar por la salud de Tris-tanito, Gracián hizo una visita á la calle de Vicálvaro, escogiendo la hora en que solía Diego estar fuera de casa.

Eva le recibió con sobresalto; mas él, habilidoso y precavido, le habló muy finamente, sin descubrir del todo sus intentos; sólo se vislumbraban un poquito, como si el manto de razón y prudencia que los envolvía fuese alzado en descuido inconsciente por un soplo violento de pasión.

Pero, inquieta, luchando con el orgullo de su limpio linaje y sus instintos ambiciosos, tenía la hermosa todo el aspecto de una delincuente; y la culpa, ya esquiada en su indefenso corazón, se le asomó á los ojos hechiceros con un fuego sombrío.

Como el nene seguía mucho mejor y estaba ya resuelto su traslado á la Montaña, se habló de este propósito con el tácito acuerdo de una deliciosa temporada de intimidad en el remoto valle.